

—¿Se la arrancaste durante el sueño?

—No, noble señor; el paje Enrique tiene demasiada hidalguía para despojar á un dormido. Le dejé salir del castillo, y en campo raso y frente á frente, usé tan buenos argumentos, que tuvo á bien darme la carta y venir conmigo prisionero.

—Eres un valiente.

—Soy castellano, y no hay castellanos cobardes.

—Lo sé, Enrique, por experiencia. Si quieres tomar algun reposo, puedes hacerlo cuando gustes, y mandar que te sirvan mis criados añejos vinos y manjares.

—Confieso, señor, francamente, que no dejaré desairado un buen pedazo de ternera y una copa de moscatel. Y si me dais vuestro permiso....

—Lo tienes, Enrique, al instante.

El paje salió de la estancia y Bernal se acercó á lentos pasos á la huérfana de Avendaño. Doña Inés proseguía abismada bajo el peso de sus dolores: el bearnés la miraba atento con la misma veneración que puede mirar á una virgen el mas entusiasta devoto.

Contaba el guerrero las venas que cruzaban los caidos párpados de la heredera de Avendaño; procuraba escuchar los latidos de su corazón angustiado, y mientras mas atento la miraba, mas se aumentaba su respeto, su veneración y su dolor.

La huérfana se estremeció ligeramente, abrió los ojos con trabajo y fijó su mirada triste en el bastardo de Bearne. Bernal permaneció en silencio y Doña Inés se sonrió diciendo al bastardo:

—Bernal, ¿se ha terminado ya el consejo?

—Se ha terminado, Doña Inés.

—¿Y los caballeros qué han resuelto?

—Levantar el campo mañana, é ir en busca del enemigo.

—Bien, Bernal; bien una y mil veces. Los caballeros han pensado como á D. Enrique conviene, y conseguirá la victoria.

—Así lo esperamos confiados en la justicia de la causa.

—Así sucederá, señor.

Unos momentos de silencio se siguieron á estas palabras. Bernal se acercó mas á la huérfana y la dijo:

—Me parece justo, Doña Inés que comais algunos manjares y que tomeis algun descanso.

—No tengo apetito, Bernal, y hace mucho tiempo que mis ojos no se cierran al dulce sueño.

—Pero los miembros fatigados descansarán....

—Bernal, el cuerpo no consigue tener reposo cuando está agitado el espíritu. ¿Queréis ser, Bernal de Bearne, mi mejor amigo, mi hermano y el confidente de mis penas?

—Seré, señora, cuanto os plazca.

—Pues aproximad un sitio.

El bastardo tomó un sitio, lo aproximó á la de Avendaño, y guardó profundo silencio. La huérfana prosiguió así:

—En primer lugar es preciso que renunciéis, hermano mio, á la palabra que os empeñé. Respondedme, Bernal, ¿renunciáis?

—Renuncio, Doña Inés, renuncio.

—Esta renuncia, que os exijo, es, noble Bernal, por vuestro bien. ¿Qué adelantaría hermano mio, con la mano de una mujer, cuyo corazón despedazado pertenece, como vos sabeis, á la sombra del noble Infante? ¿Qué adelantaría con mi mano?

—Os he dado ya mi palabra, y os diré, señora, una y mil veces, que soy vuestro hermano y nada mas. ¿Estais satisfecha, Doña Inés?

—Sí, Bernal, estoy satisfecha. Ahora voy á haceros una pregunta, y espero que me contestaréis con la misma franqueza que antes. ¿Teneis alguna pena oculta?

—¿Doña Inés!

—Vuestra hermana desea que le habléis con toda confianza. ¿Teneis alguna pena oculta?

—Sí, hermana mia. Tengo una pena que los años no debilitan: una pena que me consume, y que no he revelado nunca, ni pienso revelar....

—Hermano, cuando no hay mútua confianza, no existe verdadera amistad, ni se puede decir que hay cariño: tú sabes mi pena terrible: sea yo participante de la tuya.

—Nuestros dolores se asemejan; nuestras penas son unas mismas.

—¿Ha muerto la mujer que amabas?

—No ha bajado, Inés, al sepulcro; pero está muerta para mí.

—¿Qué te separa de ella?

—Un hombre.

—En ese caso eres, Bernal, mas desgraciado que la huérfana.

Los dos se miraban de hito en hito, y guardaban triste silencio. Dos ideas, distintas en verdad, pero ambas á dos homicidas, atormentaban á dos seres, tambien distintos entre sí. El uno jóven y robusto publicaba su amargo duelo en sus vestidos y en sus plumas, el otro enfermo y delirante, era la sombra que se queda á la entrada de un mausoleo. Bernal, al recuerdo de su amor sentía hervir su ardorosa sangre y precipitarse á torrentes desde el corazón al cerebro: Inés no sentía arder la suya, porque habia subido poco á poco de los pulmones á la boca, y la habia arrojado mezclada con las lágrimas de sus ojos. ¿Cuál de los dos padecía mas? Entre dos dolores tan inmensos es muy difícil decidir.

Inés cogió la diestra mano al apenado caballero, y con voz tranquila le dijo:

—Al participarme la causa de tu crudo dolor, hermano, se han renovado tus heridas y brotan sangre por do quier. He sentido mucho, hermano mio, avivar así tus tormentos: pero una vez que ambos bebemos una hiel, cada dia mas amarga, mezclémosla en la misma copa, y apurémosla hasta las heces.

—Apurémosla, hermana mia, los dos vivimos de recuerdos: los dos tenemos la esperanza de reunirnos en las alturas. ¿Ves esta banda, hermana mia? Lee este mote en letra de oro. ¿Qué dice?

—ADIOS, ADIOS. HASTA EL CIELO.

—Es Inés, una despedida. Tú y yo nos hallamos emplazados: la cita en el mismo lugar; cor

ramos á cumplirla, Inés. A tí te matará el dolor, á mí la espada de un soldado.

—Corramos á cumplirla, Bernal. Apresurémonos. El tiempo vuela, como un águila; volemos nosotros tambien. Escucha, Bernal; escucha, escucha. ¿Oyes el són de una trompeta? Es la del ángel que nos llama porque llega el juicio final. Corramos, corramos, corramos. Me llama mi esposo, me llama. ¡Ay! que no lo puedo alcanzar.

La huérfana se desmayó. Bernal la sostuvo en sus brazos.

CAPÍTULO XII.

Y si tras tantos enojos
Queréis gozar de su gracia,
Como á la guerra dais treguas
Dadlas á nuestras desgracias.
ROM. DE ROMANCES MORISCOS.

BERNAL sostenia con amor la cabeza de Doña Inés, mas sin pedir ningun socorro: pues conocia por experiencia que aquellos largos parasismos no tenian remedio en el arte, como no lo tenia tampoco la dolencia que los causaba. La huérfana estaba tan delgada, que Bernal podia sin gran trabajo sobre sus brazos sostenerla, y moverla tan fácilmente como se maneja una pluma.

No sentia el bastardo en su pecho aquel amor puro y ardiente que sintió por la hermosa huérfana cuando la encontró en Calahorra; pero se hallaba en su lugar una compasión tan cariñosa, que hubiera sacrificado el bearnés un millon de veces su vida por aliviar un tanto á la Avendaño.

El pensamiento de Bernal, como el de todos los amantes, volaba en busca del objeto que su corazón ocupaba; y en un momento en que creyó tener en sus brazos á la princesa estampó en la frente de Inés el beso mas apasionado que puede estampar un amante. La huérfana se estremeció: abrió sus ojos admirada, y al mismo tiempo se presentaron en la puerta de aquella estancia D. Lope Hinestrosa y Beatriz.

La huérfana dijo á Bernal:

—¿Me has dado un beso?

—Sí, hermana mia. ¿No puede besarte un hermano?

Hinestrosa se precipitó hacía el bastardo, que lo esperó tranquilamente: y la dueña cubrió de besos las mejillas de doña Inés.

—¿Qué habeis hecho, Bernal de Bearne? preguntó Hinestrosa al bastardo.

—Estampar mis labios, Hinestrosa, sobre la frente de mi hermana.

—¿No sabeis, Bernal, que ese beso ha encendido toda mi sangre? ¿No pensais que os arrancaría los labios con que lo habeis dado? ¿No conocéis, en fin, que la amo y que estoy ardiendo de celos?

—Todo lo conozco, Hinestrosa, y porque lo conozco, señor, os perdono algunas palabras que jamas hubiera sufrido.

—Hinestrosa, dijo doña Inés en un momento

en que la dueña la dejó respirar libremente, dejad á un lado vuestros celos, y si es posible, vuestro amor. El cuadro que nosotros formemos presentará siempre, D. Lope, tintas pálidas ó sombrías; pero ya que no sea posible dar alguna tregua al dolor, acaben al menos las querellas, que profundizan las heridas. Yo tengo veinte y ocho años, y al peso de tantos dolores me encuentro próxima al sepulcro: mas de sesenta teneis vos, y al peso de años y dolores estais inclinado á la tumba. Bernal de Bearne, bizarro y jóven, me ha recibido por hermana: vos, D. Lope, enfermo y anciano, podeis recibirme por hija, y solo habrá entre todos tres los vínculos de una familia, á la verdad, muy desgraciada.

Doña Inés tendió su blanca mano al antiguo alcaide de Carmona, y D. Lope imprimió en ella un beso mas ardiente que paternal. La huérfana llevó á sus labios la flaca mano de Hinestrosa, y la besó con el respeto propio de su nombre de hija.

Beatriz habia visto en silencio cuanto acababa de pasar, y como no habia ganado nada en el arreglo de familia, estaba quejosa y mohina, deseando tener ocasion en que desahogar toda su bilis, dejando en libertad su lengua. No quiso violentarse mucho, y en el primer instante de silencio dijo con su voz regañona:

—No sé cómo me ha dado el cielo suficiente dosis de paciencia, para aguantar esa larga farsa que acabais de representar. Yo he conocido á Doña Inés desde el instante en que nació, yo he sido su nodriza y su aya, yo no me he separado de ella, y la conozco mas que á mí. Doña Inés es hija legítima de D. Lope Sanchez de Avendaño, y única heredera de su nombre. D. Lope Perez de Hinestrosa no es, yo lo digo, no es su padre, ni este caballero su hermano. ¿Es verdad, Inés mia, es verdad, que tengo razon en cuanto digo?

Durante el discurso de Beatriz habia manifestado Doña Inés una atencion viva y profunda. Sus pupilas estaban inmóviles y sus labios secos y oprimidos. Hinestrosa, que no habia amado nunca hasta que conoció á Doña Inés, no podia cambiar su frenesí por un cariño paternal; pero el bastardo, que amaba á otra, se resignaba fácilmente á su nuevo papel de hermano. La huérfana se levantó, giró sus miradas inciertas sobre todos los circunstantes, y cogiendo de la mano á Beatriz, la dijo con el tono solemne y la voz vibrante que usaba en todas las grandes situaciones:

—Tú eres Beatriz; bien te conozco. Es cierto, dueña, que he mamado á tus pechos en mi niñez: es cierto que despues has sido mi aya: es cierto que soy la hija única de D. Lope Sanchez de Avendaño. Cuanto acabas de decir es cierto. ¿Pero no comprendes, Beatriz, que podamos elegir un hermano que alivie nuestras aflicciones, y un padre que nos aconseje, que nos guarde, que nos proteja?

—Tú estás delirando, Inés mia. El cielo da

un padre á cada uno: el cielo nos da los hermanos. Cuando muere un padre....

—Calla, dueña.

Los clarines del campo tocaban, y Doña Inés al escucharlos interrumpió bruscamente á Beatriz, y puso en ellos su atención. La dueña quiso proseguir; mas la huérfana se lo impidió poniendo finalmente su mano sobre la boca de la nodriza. Bernal no apartaba sus ojos de los ojos de Doña Inés, como queriendo adivinar el pensamiento que la ocupaba, y el alcaide repetía tristemente: "Es su idea fija, es su idea fija."

Dejaron de tocar los clarines, y la huérfana dijo á Beatriz:

—¿Has escuchado?

—Sí, Inés mía.

—Son los ángeles que nos llaman por mandado de Dios á juicio. Todos debemos acudir.

—Tú no sabes lo que te dices: esos clarines que han sonado son del ejército.

—Calla, dueña. El espíritu del mal te ciega, para que descuides tu alma en una ocasión tan solemne. Dame la mano, hermano mio: sígueme, padre. Vamos pronto, que me está esperando el altar. D. Juan, el infante D. Juan me llama. Voy á buscarle, voy al punto. Seguidme, D. Lope de Hínestrosa; seguidme, Bernal de Bearne. El valle de Josafat espera; vamos pronto amigos, vamos, vamos.

La huérfana cogió de un brazo á D. Lope Pérez de Hínestrosa, y presentando el suyo á Bernal salió con los dos de la estancia.

Beatriz, siguiendo su costumbre, empezó á santiguarse á toda prisa, no causándole tanta extrañeza la conducta de Doña Inés, como la de Bernal y el alcaide, que secundaban su capricho. También en algunos momentos dudaba la dueña si Bernal, el anciano alcaide y Doña Inés tendrían razón en lo que hacían, estando ella desahogada, y poco prevenida para un trance tan inevitable y tan terrible. Esta idea prevaleció al fin en el cerebro de Beatriz; y postrándose de rodillas levantó sus manos al cielo y dijo:

—¡Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob! si ha tocado el ángel su trompeta y es ya tiempo de presentarnos ante el tribunal de tu justicia, ten compasión de esta pobre dueña, y no le pidas, Señor, cuenta de los manjares que ha engullido, ni de las palabras que ha hablado. Estoy gruesa, Señor, estoy gruesa; pero no ha sido culpa mía, pues he procurado atormentarme con disciplinas y silicios. Pero ó no me daba los azotes con bastante fuerza, ó mi piel está muy curtida y no era fácil á fuerza de golpes desgarrarla. Pégame, Señor, y me arrepiento de haber comido, de haber hablado y de no haberme azotado con mas fuerza.

A este punto llegaba la dueña de su lastimera confesión, cuando apareció el paje Enrique frótándose las manos de frío, y crugiendo despues los dedos.

—¿Qué hacéis por aquí, buena dueña? preguntó á Beatriz acercándose.

—¿Qué he de hacer, Enrique de mi alma: una confesión general de todas mis culpas, hijo mio.

—¿En tan grave peligro estais, que ajustais las cuentas con Dios?

—Estoy en peligro de muerte.

—¿En peligro de muerte?

—Y tú lo estás también, querido paje.

—Esto, dueña, parece serio. Explicadme, si á bien lo teneis, el peligro que nos amenaza.

—Un peligro que está pendiente sobre la cabeza del hombre desde que nace hasta que muere. Un peligro que no existiria, si nuestra golosa madre Eva no hubiera comido la manzana.

—¿Qué peligro es, dueña, por Dios?

—¿La muerte!

—Buena salida, ¡vive Dios! No estoy ahora mas adelantado que me encontraba en un principio.

—¿Pero qué muerte, Enrique mio; pero qué muerte nos aguarda! El juicio final ha llegado, y el mundo se acaba.

—Vaya en gracia, dijo para sí el paje Enrique; la locura de Doña Inés se ha comunicado á su dueña.

Beatriz prosiguió diciendo á Enrique con un fervor extraordinario:

—Arrodillate junto á mí: eleva tu corazón á Dios, y arrepíentete de tus pecados.

—Dejad esas locuras, dueña, que el día del juicio no ha llegado.

—Han salido de aquí Doña Inés, el joven Bernal de Bearne y el anciano alcaide de Carmona. Los tres caminaban unidos hácia el valle de Josafat.

—Doña Inés, Bernal de Bearne y el anciano alcaide de Carmona, están presenciando una revista, que pasa Beltran de Gúesclin á los soldados que le siguen.

—¿De veras?

—Venid conmigo, dueña, y os desengañaréis por vuestros ojos de cuanto acabo de decir.

—Tú me vuelves el alma al cuerpo: de aquí á que llegue el día del juicio tendré tiempo de enlaquecer.

El paje y la dueña salieron, para presenciar la revista.

CAPITULO XIII.

Ya batalla apellida
La gente al son del rayo belicoso:
Ya la trompa conviérte:
Ya el caballo lozano y generoso
Debla el ruido y trueno
Con piés y manos, con relincho y freno.
CRISTOBAL SÁENZ DE FIGUEROA.

El ejército de D. Enrique era un ejército modelo para los tiempos que corrían. Interesados los capitanes en el buen éxito de su causa, tomaban un grande interés en cuanto podía favorecerla, y habían logrado establecer una rigurosa disciplina. Acudieron con gran premura á la invitación del monarca, y tuvo principio el consejo.

Don Enrique tomó la palabra: les leyó la carta de Abenabatin, y les pidió saludables consejos en tan críticas circunstancias.

La mayor parte de la asamblea opinaba que D. Enrique debía levantar al punto el sitio, y salir al encuentro de su hermano para librarle la batalla. Decían que vencido D. Pedro, la ciudad abriría sus puertas; haciendo lo mismo Sevilla y otras poblaciones de cuenta. También daban este consejo para poner alguna tregua á las penalidades del sitio, y desentumecerse en cierto modo, midiéndose con los enemigos en una batalla campal. El arzobispo de Toledo y algunos nobles castellanos opinaban que debía sostenerse sin interrupción el asedio, y fundaban sus raciocinios en el descrédito que traeria á la causa de D. Enrique el abandonar á Toledo despues de un año de sitiada. Beltran de Gúesclin los dejó hablar, y levantándose, con la calma que precedia generalmente á sus resoluciones mas firmes,

—Señores, dijo: veo que todos se colocan en los extremos, sin dar con el medio que concilia las mas opuestas opiniones y las dificultades zanja. Quieren los unos que marchemos al encuentro del enemigo: opino en un todo con ellos. Quieren los otros que no se levante el sitio puesto á la ciudad: también me tienen de su parte. ¿Cómo verificar las dos cosas? Dividiendo en dos el ejército. Ese respetable prelado quedará aquí con la cuarta parte de nuestra gente, y con las otras tres restantes marcharemos al enemigo. Al amanecer de mañana nos encontraremos vestidos con nuestras mas fuertes armaduras, y los lemos oprimiremos de nuestros mejores caballos. El ejército del rey D. Pedro está compuesto de cristianos, de sarracenos y de judíos: todos los que siguen nuestra hueste son adoradores de la cruz. Tenemos en nuestro favor la justicia y la protección de los cielos; seremos con ellas invencibles, como los guerreros judíos en la tierra de promisión.

—El que no opine con Beltran, esclamó el duque de Villaines, debe ser maldito de Dios.

Ninguno quiso que le cayese el anatema tan formidable, y aplaudieron todos de consuno las disposiciones del breton.

Pasaron lo restante del día en los preparativos de la marcha. Unos arreglaban sus arneses; otros ejercitaban sus caballos para probar si estaban dóciles al acicate y á la rienda; y quizá alguno escribía un último adiós á su amada, por si la suerte le era esquiva, y tenia que pronunciar su nombre con el estertor de la muerte sobre el campo de la batalla.

El día siguiente amaneció. Como lo había dicho Beltran, se presentaron los caballeros vistiendo ricas armaduras y sobre fogosos corceles. Llevaba Bernal de Bearne la armadura negra que vistió el día fatídico de Nájera, y se engalanaba con la banda que le había bordado la princesa. Oprimía los lomos á un overo nacido á las márgenes del Bétis, y blandía una robusta lanza, cuyo hierro se forjó en Tánjer por artífices berberiscos. Ceñía la misma rica espada que le regaló

D. Enrique, y daban sombra á su cimera negras plumas que publicaban su estremo dolor y su luto. Un caballero de su casa le seguía con el mismo pendon que habia tremolado dos años antes, y quinientos ginetes bizarros le reconocían por su jefe.

Cabalgaba Beltran de Gúesclin en un palafren de Normandía, de unas formas tan gigantescas como las de su ilustre dueño. Vestía el breton una armadura que le habia regalado el regente al hacerlo conde de Longueville, y ceñía la cortante espada que estuvo á punto de cercenar la cabeza del rey D. Pedro. Le seguían muchos caballeros, conocidos por sus proezas, y mas de mil hombres de armas.

Don Enrique Segundo de Castilla apareció también armado con una riquísima armadura, regalo del duque de Anjou y bendita por el Santo Padre, con una espada de buen temple, que ganó en los campos de Araviana, y con una lanza muy digna de ser blandida por el Cid. Montaba el noble corcel tordo que le sirvió admirablemente en la infausta rota de Nájera, y que llevaba sus diez y seis años sin dar muestra alguna de flaqueza. Muchos infanzones de Castilla daban escolta á D. Enrique, y mas de tres mil hombres de armas, principal fuerza de su ejército.

Colocados los escuadrones segun el orden conveniente, recibieron orden de marchar, cuando apareció una mujer en una yegua color de cisne, y con un vestido de amazona: su paje la seguía de cerca en un alazan cordobés, y la contemplaba en silencio. La dama se llegó á D. Enrique, le miró repetidas veces como para cerciorarse que era él, y tendiéndole la mano le dijo:

—Marchemos, hermano, marchemos: suena la hora de la venganza.

—Marchemos, contestó D. Enrique; y tú verás, hermana mia, si cobro su sangre por mi sangre.

—¿Llevas la daga, D. Enrique?

—Jamás se aparta de mi cinto.

—Marchemos, hermano, marchemos: suena la hora de la venganza.

La dama quedó colocada á la derecha del monarca y los escuadrones se movieron.

—¿Habeis reparado, preguntó Bernal á Gúesclin, la mudanza que en el espacio de dos años se ha verificado en Doña Inés?

—No veo esa mudanza, Bernal. La primera vez que la ví noté en ella una exaltación que debia acabar por locura, y síntomas de una enfermedad que debia terminar en tísis: hoy la teneis tísica y loca.

—¿Y el amor á un muerto la ha traído á situación tan lamentable?

—¿Puede matarnos el amor?

—No se dar respuesta, Bernal. Si me preguntais si se mata con una hacha ó con un venablo, os responderia en el instante, porque los manejo tal cual; pero como soy poco diestro en usar las armas de amor, no sé si matan ni aun si hieren.

—Lo cierto es que esa mujer sufre por un amor, y se conmueve.

—Así parece, amigo mio. Pronto sufrirán otros muchos á los botes de nuestras lanzas y á los golpes de nuestras espadas.

—Teneis razon, Beltran: pensemos en los aprestos del combate, y en recomendar nuestras almas al que las formó de la nada. Yo deseo saldar una cuenta con el rey D. Pedro de Castilla.

CAPITULO XIV.

A cuáles dejan en su sangre envueltos
Entre los brazos de la esposa amada;
A cuáles del tronco los miembros sueltos.

ESPINEZ.

EL rey D. Pedro de Castilla estaba alojado en una aldea de la llanura de Montiel. Su ejército diseminado mal podría resistir un ataque; pero reposaba D. Pedro en la confianza que su hermano estaba á muchas leguas de él. Eran distintos los cuarteles, porque alojaban separados, cristianos, judíos y sarracenos, que aunque coligados entonces, se miraban con ojeriza, y tenían frecuentes reyertas.

D. Pedro, reedificador del célebre alcázar de Sevilla, estaba en un pobre aposento, sin tapices y sin sitial, sentado en un banco de pino, y con la cabeza inclinada. Una mujer joven y hermosa, LA ROSA DE JERUSALEM, que hemos admirado varias veces, está sentada en otro banco, tiene los puños sobre un bufete, y sobre sus puños la barba. Sus ojos fijos en el rey, tienen una espresion maligna, como de persona que goza en ajenos padecimientos. Sobre el bufete habia un mantel, y sobre el mantel algunos restos de una cena poco abundante. Raquel tomó un poco de pan, hizo con él una bolita, y se la arrojó al rey, volviendo á tomar la antigua postura. Levantó D. Pedro la cabeza; miró á la judía con rudo ceño, y la dijo:

—¿Has sido tú la que me has tirado esta bolita? has sido tú?

—Sí, D. Pedro. Estoy fastidiada de verte tan zafio, tan mohino, y no teniendo en que acostarme, quiero divertirme en hacer algo hasta que amanezca: lo entiendes?

—¿Y me tomas por juguete?

—¿A quién mejor?

—¿Raquel!

—¿Don Pedro!....Has echado un genio tan malo que no te se puede sufrir.

—¿Quieres Raquel, que esté riendo, cuando me persigue la desgracia? Bernal de Bearne, mi enemigo, se escapó de mis manos, judía, quizá protegido por tí.

—¿No hallaste una escala sujeta en el ajimez de la torre?

—Con esa escala te defiendes. El bastardo volvió á Castilla con el bastardo D. Enrique, y me tomaron cien ciudades.

—¿Por qué no has ganado el amor de tus vasallos, rey D. Pedro?

—Por proteger á los judíos, á esos malditos de tu raza.

—Los has protegido, rey D. Pedro, porque te han pagado largamente.

—El rey de Granada Mahomad vino conmigo sobre Córdoba, con siete mil buenos caballos y ochenta mil infantes; pero Córdoba supo defenderse, y es todavía de D. Enrique.

—Haber sabido combatirla.

—Marcho á socorrer á Toledo, y sabe Dios si ya tremola sobre su alcázar la bandera de mi hermano, que Dios maldiga.

—Haber ido allá seis meses antes.

—Tú, Raquel, que fuiste en un tiempo mi ángel bueno, mi ángel de luz, mi sola fé, mi sola esperanza; tú que levantabas mi espíritu y reanimabas mi valor, tú que ahuyentabas los fantasmas que continuamente me rodean, te complaces en atormentarme, y en lacerar mi corazón de cuantos modos imaginas.

—Es, D. Pedro, que has variado mucho, y has desvanecido mi encanto. Yo te amaba porque te creia siempre fuerte, como el leon, y te he encontrado muchas veces astuto y vil, como un raposo.

—Raquel!

—¿Don Pedro!....Hace dos años que te dije: „Rey de Castilla, si no eres mañana el mas valiente, pierdes tus derechos á mi amor.”

—¿Y no me porté bien en Nájera?

—Otros se portaron mejor.

—¿Quién, Raquel?

—Bernal de Bearne.

—¿Siempre ese maldito bastardo! Tú le amas, Raquel, tú le amas.

—Y á tí que te importa, D. Pedro.

—¿Le amas, Raquel?

—Quizá mas que á tí.

El monarca se levantó, brotando llamas por los ojos, con los cabellos erizados, y la respiracion difícil: salvó de un salto la distancia que le separaba de Raquel y clavó sus dedos crispados en el cuello de la judía.

„Al arma: al arma!” repitieron en aquel instante mil voces, y varios pajes aterrados entraron en el aposento. Don Pedro dejó á la judía, que se sonrió tranquilamente como si nada hubiera sucedido, y se precipitó espada en mano hácia la puerta.

—¿Qué sucede? preguntó á Rodriguez Sanabria, que se presentó en el umbral.

—Señor, le respondió el gallego, los soldados de D. Enrique están entrando en nuestros reales.

—Pronto, caballeros, á caballo, gritó el rey con voz de torrente. Pronto, caballeros, á caballo, y decidan nuestras espadas quién ha de ser rey de Castilla.

D. Pedro se armó rápidamente, ayudándole la judía á que se vistiese la armadura; montó un caballo berberisco, piel de tigre, y con una lanza en la mano cruzaba los grupos de soldados, instándoles á que se escudronasen, y no decayesen de ánimo en presencia del enemigo.

El ejército de D. Pedro se colocó en orden de

batalla, y cuando el grueso de las tropas, que acaudillaba D. Enrique, llegaron á paraje oportuno para comenzar el ataque, fueron recibidas con denuedo, y detenidas en su marcha. Al primer choque, los escuadrones se mantuvieron bien cerrados; pero despues los de D. Pedro no guardaron bien la formacion, y poco á poco se pusieron en una vergonzosa fuga. Los soldados de D. Enrique acometian muy flojamente á sus contrarios de Castilla; pero se cebaban en cambio en los sarracenos y judíos, haciendo correr rios de sangre, y formando montes de cadáveres, que debian quedar insepultos, pues no eran dignos de esta honra los enemigos de la fé.

Mientras las tropas combatian, ó, mejor dicho, se entregaban á una matanza de enemigos, los capitanes mas bizarros tenían en sangre las tizonas en particulares combates con otros caballeros de estima en la parcialidad opuesta. Beltran de Güesclin se habia medido con Men Rodriguez de Sanabria, y habia conocido el breton, que la mano del buen gallego no era mas ligera que la suya. El rey D. Enrique, que buscaba el honor buscando el peligro, habia repartido mandobles con prodigalidad bastante; pues el que era largo en hacer mercedes no era corto en dar cuchilladas cuando la ocasion lo pedia. Varias veces estuvo en peligro; porque á mas de herir y defenderse, tenia que cuidar de Doña Inés, que no se apartó de su lado en el trance de la refriega.

No se portaba mal D. Pedro en día tan infausto para él. Rodeado de los mas valientes, procuraba guardar su corona á trueque de perder su vida, y hacia pagar á algunos vasallos, ó traidores ó desleales, bastante cara la traicion.

El jóven Bernal de Bearne habia combatido, como siempre, de los primeros y mejores. Cerca de diez sarracenos, y sin otro apoyo que su espada, su corazón y firme diestra, hizo morder el polvo á unos y puso á los demas en fuga. Mas no finalizó el combate sin perder piezas de armadura, y sin sacar el casco roto, casi sin cimera y sin penacho. En este estado recorria los enemigos escuadrones diseminados y deshechos, cuando descubrió al rey D. Pedro, que fieramente acuchillaba. Bernal aplicó el acicate á su poderoso caballo, y gritó al rey:

—D. Pedro el Cruel, aquí está Bernal de Bearne, que á singular lucha te reta.

—Aquí está D. Pedro de Castilla, que quiere tu sangre, Bernal, replicó el rey.

Los paladines se acometieron, y un paje que llevaba el rey los contemplaba con atencion. La rota armadura del bastardo apenas podia reservarle una escasa parte del pecho; y cuando la espada del rey lograba herirla, arrancaba pedazos de acero, casi siempre tintos en sangre. Todos los esfuerzos de Bernal, para herir al rey de Castilla, no lograban el menor éxito, ya por el temple de la armadura que vestia el monarca, ó porque el brazo de Bernal estaba cansado de su anterior desigual lucha. El rey aprovechó el momento en que el acero de Bernal habia resbalado

en su armadura, y dirigió el suyo al corazón de su encarnizado enemigo. La muerte del bearnés era cierta; pero el paje del castellano se interpuso como un escudo, y recibió en su pecho el golpe que debía acabar al bearnés.

—¿Raquel! exclamó el rey D. Pedro.

—¿Raquel! exclamó tambien Bernal.

—¿Hasta el cielo! le dijo la judía, exhalando un hondo suspiro y cayendo en el suelo exánime.

Los dos paladines contemplaron á aquella mujer inanimada, y se acometieron con mas fuerza; D. Pedro para vengar los celos que le habia inspirado aquel adios, y Bernal para mostrarse digno de tan heroico sacrificio.

El valor era casi igual: la desesperacion hacia en el rey lo que en Bernal hacia el deseo de tomar cumplida venganza; y los golpes de las espadas hacian brotar torrentes de fuego de las abolladas armaduras. Solo un escuadron de D. Pedro resistia compacto á los ataques de las tropas de D. Enrique: el rey ponía su única esperanza en este escuadron formidable, y en medio de su lucha parcial con el bastardo de Bearne no separaba de él los ojos. El escuadron de los bearneses se habia alejado largo trecho en persecucion de fugitivos; pero revolviendo de repente cayó sobre el escuadron de D. Pedro y lo puso en completa fuga. Al verlos el rey exclamó: Te has vengado, Bernal de Bearne. Y se descargaron nuevos golpes.

CAPITULO XV.

Si á D. Tello derribó,
Fué porque se alzó D. Tello,
Y si mató á D. Fadrique,
Mucho le importó el hacerlo.
De su muerte y otras muchas
Sabe las causas el cielo,
Que aun fuera mayor castigo
Si rompiera su silencio.

QUEVEDO.

EN el castillo de Montiel estaba D. Pedro de Castilla la tarde del veinte y dos de marzo de mil trescientos sesenta y nueve. A grandes pasos recorria su aposento, y apenas escuchaba las razones que Men Rodriguez de Sanabria le dirigia de vez en cuando.

—Señor, le repetia el gallego, la guarnicion de este castillo es muy escasa, y no tiene con que vivir.

—Que se coman unos á otros, replicó D. Pedro irritado.

—Eso no es posible.

—¿Por qué?

—Porque no querrán resignarse.

—Mándalos ahorcar en ese caso.

—Tampoco es posible.

—¿Por qué?

—Porque no querrán resignarse.

—Pues, Men Rodriguez de Sanabria, pon fue-

go al castillo en el instante, y acabaremos de una vez.

—Eso puede verificarse, pero es indispensable, señor, pensarlo detenidamente. ¿No se le ocurre á Vuestra Alteza otro partido menos malo?

—Nada se me ocurre, Sanabria, y solo quiero que me dejes.

—El gallego saluda al rey, replicó Sanabria secamente, y se salió del aposento.

—¿Algun diablo, exclamó D. Pedro, se está mezclando en mis negocios! En la batalla de Montiel fué mi ejército tan cobarde como el de mi hermano en la de Nájera, y tampoco quiso la suerte que acabase con Bernal de Bearne. El golpe que dirigia bien á su pecho pasó el corazón de Raquel, y cuando volvimos á embestirnos, mis amigos nos separaron. ¡Pobre ROSA DE JERUSALEM! Mi propia mano te dió muerte, y yo te amaba con delirio. ¡Oh! quizá tienen ocultas fuerzas los anatemas de los papas, y Dios maldice desde el cielo lo que su vicario anatematiza. Está emponzoñado mi aliento, y mata como el de las serpientes. Por eso murió la Padilla, joven todavía y tan hermosa: por eso murió mi tierno hijo: por eso he matado á Raquel. De hoy en adelante su fantasma se reunirá con las de Doña Leonor de Guzman, de la reina Doña Blanca, mi esposa, de la reina Doña Leonor, de las nobles hermanas Laras y de Doña Urraca de Osorio. Todas querrán emponzoñarme con sus alientos corrompidos; todas estrecharán mi cuello entre sus brazos descarnados. ¡Cuánto cadáver de mujer! ¡Pero... pero... no te conozco! ¿Quién eres tú que á mí te llegas con una corona nupcial, con unas blancas vestiduras? ¿Tú que me miras con esos ojos ardientes y fuera del cráneo? ¿Tú que con labios cárdenos ríes, y tienes algo mas siniestro que los cadáveres descarnados? ¿Quién eres tú?

—Soy Doña Inés.

—¿Doña Inés Sanchez de Avendaño! ¡Aléjate, Inés, de mí: aléjate! Tú no tienes ningun derecho para reunirme con las sombras de las que yo hice quitar la vida. Ellas pueden atormentarme porque al cabo fué su verdugo, pero tú no tienes derecho.

—Soy Inés Sanchez de Avendaño.

—Lo sé, lo sé, sombra implacable.

—¿Te acuerdas de Carmona?

—Me acuerdo.

—Allí juró Inés que sería tu sombra, D. Pedro; y mientras viva esta sombra no se separará de tí.

—Yo no te mandé asesinar.

—Me asesinaste el corazón. Pero callen ya los recuerdos. Toma esta carta.

—¿Qué contiene?

—Toma esta carta; toma y lee.

D. Pedro tomó con su mano trémula el pergamino que le presentaba la huérfana, y con los cabellos crispados y los ojos fuera del cráneo leyó:

“Alá es grande, rey de Castilla, y el rey de Granada es magnífico. Yo, siervo de Alá y siervo del rey, lo soy tuyo y deseo salud.

“Veinte mil valientes guerreros nacidos en la hermosa vega que el Genil y el Darro fecundan, al pié de la Sierra Nevada ó en las asperezas de Bentomiz, tremolan el sagrado estandarte, y con un coran y una espada, te se reunirán muy en breve para que marches á Toledo y estermines á D. Enrique. Tus soldados tambien están prontos; marcha, rey D. Pedro, y Alá vele por tu persona y por tu trono.”

“He meditado muchas veces el horóscopo que me enviaste: todos los sabios de mi ley lo han meditado como yo; y si los astros de los cielos y las entrañas de las aves no nos han mentido, el horóscopo se ha de cumplir enteramente.”

Interrumpió D. Pedro su lectura, y limpió las gotas de sudor que le bañaban el semblante. Prosiguió despues:

“Ha venido el águila que en él se pronostica, y el fin del halcon está cercano. Hemos procurado penetrar lo mas oculto de la ciencia, y hemos descubierto, D. Pedro, que el halcon lleva una corona y el águila solo una espada. Alá sabe mas que nosotros.”

“Siervo de Alá, del rey de Granada y siervo tuyo,

ABENABATIN.”

Al terminar la carta D. Pedro, habia desaparecido Doña Inés, y el monarca con los ojos fijos en la firma del astrólogo árabe, no habia reparado en su ausencia. Inmóvil, yerto, pensativo, veia su destino manifiesto, y su propio corazón leia en un libro desconocido, más fatídico que los astros y más claro que las entrañas. Levantó el monarca la cabeza y se encontró sin Doña Inés. Miró aterrado á todas partes, se estregó los ojos varias veces, quiso coordinar sus ideas, mas solo veia la fatal carta que le auguraba su destino.

—Sanabria, Sanabria! gritó desesperado y medio loco.

—Señor, le respondió el gallego entrando de nuevo en la estancia.

—Haz que preparen un caballo: quiero salirme de Montiel.

—Es imposible, rey D. Pedro.

—¿Por qué?

—Porque estamos cercados y rodeados de una trinchera.

—Correré el peligro, Sanabria.

—Fuera tentar á Dios, señor. No solamente nos rodean los soldados de D. Enrique. Han levantado una trinchera en torno de nuestro castillo, y nos es imposible salvarla.

—Tú quieres matarme, Men Rodriguez, y que este castillo sea mi tumba. ¡Este castillo! ¡Este castillo está habitado por fantasmas! ¡Todas se levantan, todas vienen á fascinarme con sus ojos, á perturbarme con sus gritos! ¡Mi horóscopo debe cumplirse, y mi horóscopo, Sanabria, es la muerte! ¡Morir yo! ¡Morir yo! ¡En dónde están mis vasallos y mis amigos! ¡En dónde están esos traidores que no vienen en mi socorro! ¡Ingratos! ¡Si vuelvo á ser rey, sentirán, sentirán

mi venganza! Yo quiero salir de este castillo. Piensa un medio, piensa, Sanabria, y te daré cuanto poseo.

—Un solo medio se me ocurre.

—Habla al instante, Men Rodriguez.

—Yo mandaba, señor, en Bribiesca cuando la tomó Beltran Güesclin; le debí grandes atenciones, y estima en mucho mi persona. Si os parece, señor, conveniente, iré á verle de vuestra parte y le ofreceré grandes tesoros si os deja salir del castillo. No se me ocurre otro remedio.

—Anda, Men Rodriguez al momento, y ofrece al capitán breton un millon de doblas castellanas y la mitad de mis dominios.

—No andaré parco en las ofertas.

Men Rodriguez se cruzó de brazos y el monarca le contempló unos instantes en silencio.

—Men Rodriguez, exclamó D. Pedro, ¿en qué te detienes?

Marcha al punto, y no vuelvas si no me traes una respuesta que esté conforme con la impaciencia que me mata.

—Iré, señor.

—Marcha al momento.

—No puedo partir hasta que anochezca.

—Pues manda que anochezca pronto.

CAPITULO XVI.

Mi oro, mi plata, mis joyas
Darás y años de mi vida:
Que no me importa acortarla
Como mi intento consiga.
LOPEZ.

HACIA poco que habia anochecido, y Beltran Güesclin paseaba á la inmediación de su tienda. De mal humor estaba el capitán, porque se dilatava el sitio, y era indispensable marchar pronto á estrechar mas el de Toledo. Tambien sabia que el rey de Francia iba á romper la tregua con el príncipe, y deseaba hallarse dispuesto para ayudar á su señor. Tenia la costumbre Beltran de hablar á solas, y en aquel momento decia:

—No puedo llevar en paciencia las dilaciones de este sitio, y daría toda mi fortuna porque saliese el rey D. Pedro de su castillo de Montiel.

—Es muy fácil, le contestó un hombre embozado en una ancha capa.

—¿Quién puede hacer que salga el rey?

—Yo, con la ayuda de Beltran.

—Descúbrete el rostro.

—¿Me conoces?

—Eres Men Rodriguez de Sanabria.

—Muy buena memoria teneis, Mossen Beltran.

—La tengo buena; pero vamos á lo que importa. ¿Cómo podemos hacer que el rey abandone su nido de águila?

—Vengo á buscaros, capitán, como embajador del rey D. Pedro.

—Hablad al instante, Men Rodriguez.

—Sería mejor que nos entrásemos en vuestra tienda.

—¿Para qué?

—Para proceder con reserva.

—Me gusta, Sanabria, hacer las cosas delante de Dios y de los hombres. Bajo la bóveda del cielo respiro con mas libertad, que bajo el techo de mi tienda: paseemos juntos, si os parece, y decidme cuanto queráis.

Sanabria le miró de hito en hito, como queriendo sondear las disposiciones del breton, y despues habló en estos términos:

—El rey D. Pedro de Castilla ha sabido atesorar, amigo, una cantidad extraordinaria de oro y de plata.

—Bien lo sé.

—Pues el rey D. Pedro te ofrece un millon de doblas.

—Adelante.

—El rey de Castilla posee muchas ciudades y castillos.

—Lo sé, Men Rodriguez, lo sé.

—Pues el rey de Castilla te ofrece ciudades, villas y castillos.

—Adelante, Sanabria, adelante.

—El rey D. Pedro de Castilla puede dar títulos y honores.

—Lo sé, Men Rodriguez, lo sé.

—Pues el rey D. Pedro te ofrece por cada ciudad un título de duque, por cada villa uno de conde, por cada castillo, Beltran Güesclin, uno de marques.

—¿Y por qué quiere darme el rey tantas ciudades, tantas villas, tantos títulos y tantas doblas? —Para compensarte con ellos un favor que voy á pedirte.

—Sepamos qué favor es ese.

—Que facilites al rey D. Pedro la salida de ese castillo.

Beltran miró á Sanabria fijamente sin responderle una palabra.

—Me parece, prosiguió el gallego, que sin hacerle gran violencia, condescenderás con mi deseo.

—¿Por qué?

—Porque tú decias cuando llegué, que darías toda tu fortuna porque saliese el rey D. Pedro de su castillo de Montiel.

—Pero yo daba mi fortuna porque saliese del castillo, no porque pasase la trinchera.

Esta respuesta turbó un poco á Men Rodriguez de Sanabria, que guardó profundo silencio. Beltran Güesclin se sonrió, y dijo al gallego:

—Si has acabado tu mision cerca de Beltran, puedes marcharte cuando gustes.

—Hablemos con franqueza, Güesclin. ¿No quieres proteger la fuga del rey D. Pedro de Castilla?

—Es preciso pensarlo mucho.

—El tiempo es precioso, Beltran.

—Soy amigo de D. Enrique.

—Yo no te pido que abandones su causa por seguir la nuestra: solo te pido que protejas la fuga de mi amigo y rey.

—Te digo, Sanabria, otra vez, que antes de hacer ese favor al hermano de D. Enrique, es indispensable meditarlo.

—No hay un instante que perder.

—Tú tendrás prisa, Men Rodríguez; pero yo no tengo ninguna. Puedes marcharte á tu castillo.

—La última pregunta, Beltran. ¿Si á la media noche viene el rey, lo recibirás en tu tienda?

—Tambien necesito pensarlo.

—No tengo lugar para aguardarme.

—Puedes marcharte en el momento.

—Otra pregunta, Beltran Güesclin. ¿Si llegásemos á la tienda, por qué señal conoceríamos si era ocasion de penetrar?

—Por una señal muy sencilla. Si sobre la puerta arde un farol, puede entrar el rey, Men Rodríguez.

—La libertad del rey te vale un millon de doblas castellanas, muchas ciudades, muchas villas, muchos títulos y castillos.

—Un amigo de D. Enrique necesita pensarlo mucho para recibir tantas mercedes del rey D. Pedro de Castilla.

Men Rodríguez se despidió del capitán Beltran Güesclin, y el breton siguió paseando en derredor de la trinchera. Sin aperebirse de ello se halló junto á la tienda de D. Enrique, y se presentó ante el monarca.

—¿Qué hay de bueno, amigo Beltran? le preguntó el rey D. Enrique.

—Esta noche tengo una cita, y me parece conveniente que esteis á las doce en mi tienda.

—¿De qué se trata?

—Es un secreto que quiero guardarme, señor, hasta que convenga revelarlo.

—Eres dueño de tu secreto. ¿Hay que tomar algunas medidas?

—Por esta noche, no, señor: hablaremos de ellas mañana.

Beltran se despidió del rey, y se encaminó hácia su tienda.

CAPITULO XVII.

Bastante honor le dispense:
Bastante favor merece,
Si su cuerpo ha de rozarse
Con el brazo que le hiere.

J. B. SANDOVAL.

Es la media noche. Bernal se encuentra en su tienda con Enrique, entregado á meditaciones, que el paje no osa interrumpir. El bastardo tenia recuerdos muy profundos y muy amargos, recuerdos que debian durar cuanto durase su existencia. Los padecimientos de Inés, el desgraciado amor de su prima, la abnegacion de la judía, eran torcedores á su alma, y ponian en su altiva frente el triste sello del dolor. Los demas caballeros duermen, y los centinelas, confiados en la trinchera que rodea por todas partes el castillo, descuidan un tanto sus puestos, y se guarecen de la ventisca, que copos de nieve conduce.

Las tiendas, colocadas con simetría y divididas en cuarteles, forman una segunda línea con el parapeto levantado; y en el centro descuella Montiel, gigante de robustas formas entre una turba de pigmeos.

Una mujer vestida de blanco, con una corona en la cabeza, y los cabellos á la espalda, recorre la trinchera varias veces, y cada vez que retumba un trueno repite: despierta, despierta, D. Juan.

El puente del castillo se baja: cuatro bultos negros lo pasan, y se dirigen hácia la trinchera, conduciendo con gran silencio cuatro caballos por la brida. La mujer vestida de blanco les vé descender pausadamente; se dirige hácia el mismo paraje que los cuatro bultos del castillo, y oye estas palabras:

—Señor, es imposible que pasemos por este sitio la trinchera.

—¿Y qué harémos?

—Torcer á la derecha, respondió una voz áspera y bronca, y no nos faltará un portillo por donde se escape un raposo.

Los tres bultos se encaminaron hácia el paraje que habia señalado el último interlocutor, y la mujer vestida de blanco echó á correr hácia las tiendas, con mucha mayor rapidez que su debilidad prometia. Cruzó por delante de varias, sin encontrar señal que indicase estar sus habitantes despiertos; mas llegando á la del bearnés vió luz encendida, y penetró sin anunciarse.

—Señora, la dijo Bernal, viéndola con aquel traje blanco y entretejida su corona con algunos copos de nieve, tomad asiento y reposad, que la noche es demasiado cruda, y estais en extremo cansada.

—¡Descansar! repitió doña Inés: ¡descansar! No. La hora tremenda de la expiacion y de la venganza está muy próxima á sonar. Seguidme si teneis valor.

—¡Pobre loca! murmuró el bastardo.

—¡Pobre loca! repitió el paje.

Doña Inés se acercó á Bernal, le estrechó la diestra fuertemente, y le dijo:

—Bernal de Bearne, no es ocasion de detenerme; si vacilais un punto en seguirme, llamaré á otra tienda y la gloria será del que escuche mi voz.

—Señora....

—Adios....

—Esperad un momento.

—No puedo esperar.

—Vamos, vamos.

Bernal se dispuso á salir, pero la huérfana notó que iba enteramente desarmado.

—Bernal de Bearne, le dijo entonces, tomad vuestra mejor espada, ya que no podais vestir la armadura: sois perdido sin un buen acero.

El bastardo tomó su espada, y acompañado del fiel Enrique siguió los pasos de Doña Inés.

Los cuatro bultos habian seguido caminando con el menor ruido posible, y el que parecia comandarlos, dijo á uno de ellos:

—Adelántate, á ver si descubres un farol sobre la puerta de una tienda.

El que habia recibido la orden se alejó de allí algunos pasos. La misma voz continuó:

—¿Estas seguro, Men Rodríguez, de que nos servirá Beltran Güesclin?

—Nada puedo afirmar, señor, porque nada me ha prometido de una manera terminante.

—¿No seria mejor en ese caso valernos de su confianza y fugarnos sin darle cuenta?

—¿Y nos será fácil, señor, cruzar el campo sin ser vistos?

—Con tal que sea posible, Sanabria, tendrémos adelantado mucho.

El explorador volvió entonces y dijo:

—He visto un gran farol sobre la puerta de una tienda.

—¿Qué hacemos, señor? preguntó Sanabria.

—Si es posible, cruzar el campo y no entregarnos á Beltran. Para conseguirlo fácilmente, Fortun y Garcí se quedarán por espacio de media hora con los palafrenes en este sitio; nosotros con el mayor silencio atravesaremos el campo, y se nos reunirán despues al pié de la Cruz del Maestre.

—Hagamos lo que nos mandais.

Fortun y Garcí se quedaron con los cuatro briosos corceles, y Men Rodríguez de Sanabria con su misterioso compañero salvó la trinchera en silencio. Apenas habian penetrado en el campamento de D. Enrique, cuando descubrieron la tienda del capitán Beltran Güesclin: sobre su puerta ardia un farol, y reinaba en ella gran silencio.

—Aquella es la tienda de Beltran, dijo Men Rodríguez de Sanabria.

—¿No pudiéramos evitar pasar por delante de ella?

—Imposible. Está en un ángulo del cuartel, y para evitarlo seria preciso recorrer esta larga calle á la vista de todo el mundo.

—Tienes razon, adelantémosos.

—Los dos caballeros se adelantaron: pasaron por delante de la tienda del capitán Beltran de Güesclin, y doblaron el ángulo que hacia con otro cuartel del campamento. Pocos pasos habian andado, cuando percibieron tres bultos que en direccion opuesta venian.

—Huyamos, dijo Men Rodríguez, antes que lo-gren descubrirnos.

—Acuchillémoslos, Sanabria, contestó su bravo compañero.

—¿Señor, habeis perdido el juicio? Al choque de nuestras espadas se levantarán mil soldados y morirémos sin recurso.

—¿Qué podemos hacer, Sanabria?

—Volver al instante la esquina ¡y entrar en la tienda de Güesclin.

—¿No hay otro remedio?

—No hay otro.

—Pues entreguémosnos á Beltran.

Retrocedieron sin tardanza, y pocos segundos despues estaban parados los dos ante la tienda del breton.

—No me atrevo á penetrar, Sanabria.

—Rey D. Pedro, pasad adelante, dijo desde dentro Güesclin.

Ya no era posible dudar: Beltran de Güesclin los habia visto, y el permanecer en la puerta era buscar nuevos peligros sin conjurar el que cor-